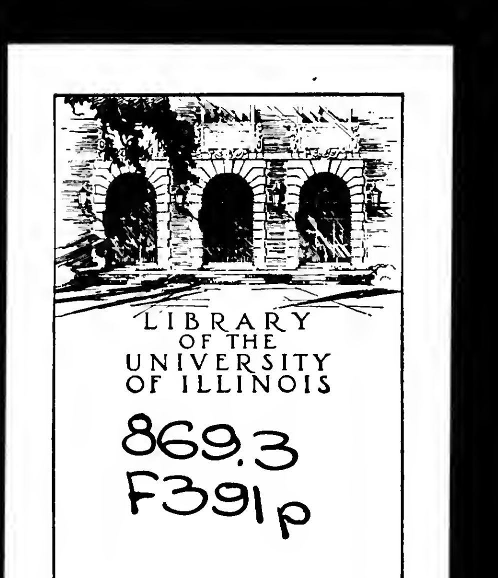
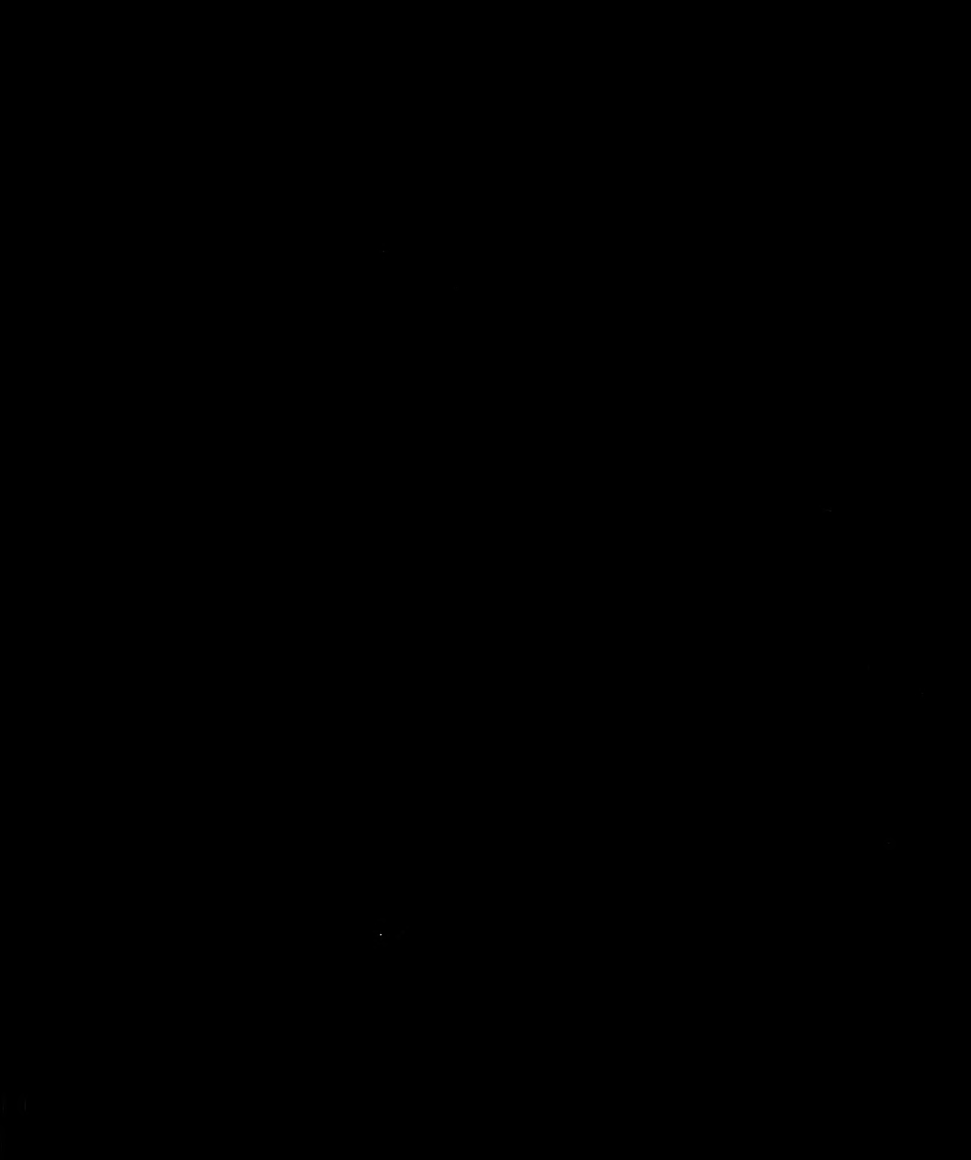
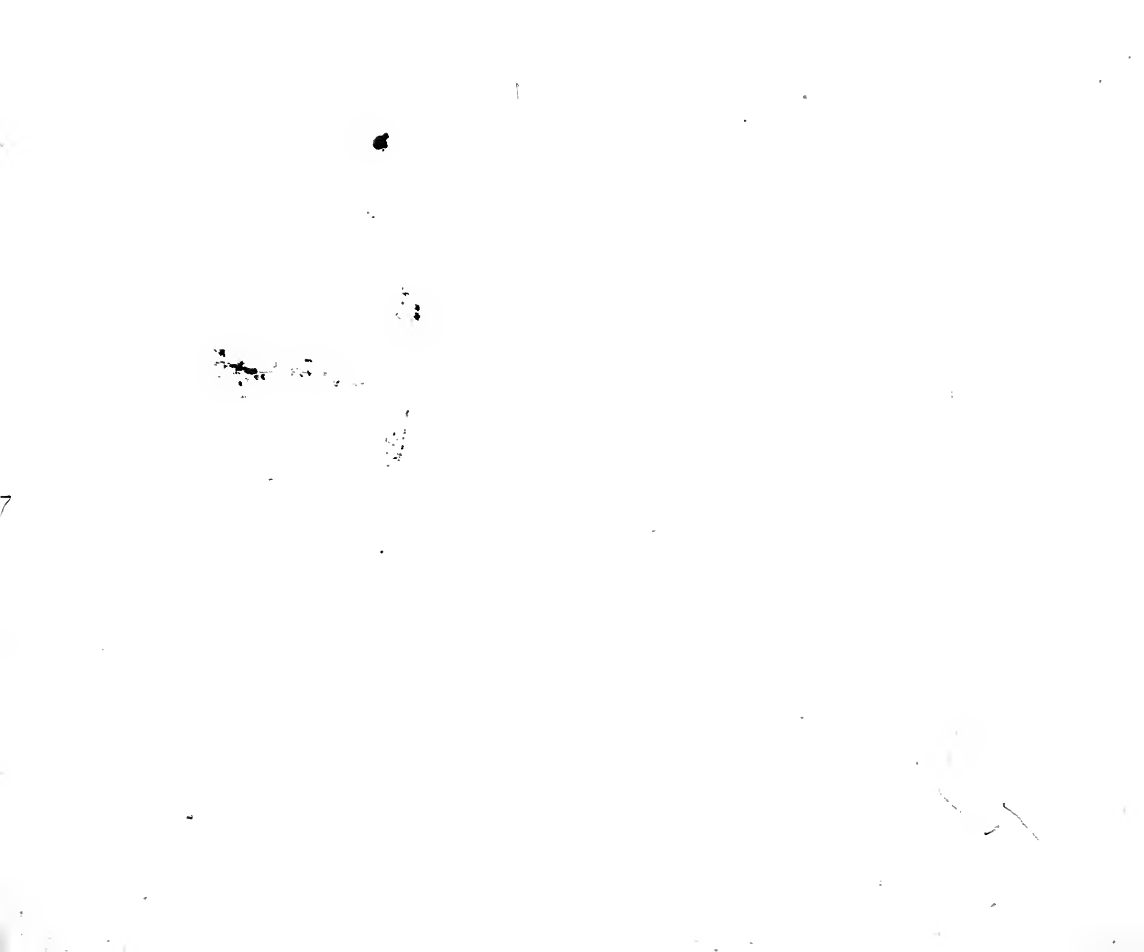






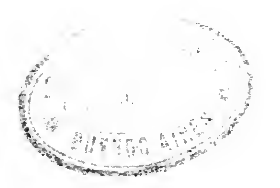


HORACIO
FERNANDEZ



EL POEMA CAMPESINO









EL POEMA CAMPESINO

FÉ DE ERRATAS

Línea	*Dice*	*Debe decir*
9. —	Fulgurante del araddo.	Fulgurante del arado.
13. —	El lano y la serranía.	El llano y la serranía.
1. —	El Chimango.	El Carancho.
14. —	Se ausentan las garzas y en un largo alarido.	Se ausentan las garzas y un largo alarido.
5. —	En la orqueta de un tala solitario y potente.	En la horqueta de un tala solitario y potente.

HORACIO FERNÁNDEZ

EL POEMA CAMPESINO



HORACIO FERNÁNDEZ

A mi Madre, ante cuya íntima presencia y dulce compañía compuse este pequeño poema.



LA LUZ



LA MAÑANA

AMANECE. Sobre el prado
Flota, frágil, la neblina,
Que como una muselina
Cubre de blanco el sembrado.

Por la ladera el ganado
Apacible se encamina,
Y el sol cuaja en la retina
Fulgurante del araddo.

Y, como una letanía,
Se inicia en el nuevo día
La oración inaugural;

El concierto campesino,
Del aroyo cristalino,
De la fuente y el zorzal...

EL MEDIODIA

Sol benigno. Luz plenaria.
Incandescencia infinita,
Hora materna y bendita
Como una dulce plegaria,

Que, a la doliente grey paria
Reconforta... Y habilita
El grano, en la mies, marchita,
Para la vendimia agraria.

Y es el momento ilusorio,
De letargo perentorio,
Que aquieta el valle y la loma;

Cuando gime, adolorida,
Quejumbrosa y afligida,
En el huerto, la paloma.

LA TARDE

La tarde llega. El poniente,
Como túnica escarlata,
Se despliega en catarata,
Luminosa y refulgente.

Declina el sol, lentamente,
Y la brisa, en cada mata,
Se estira, como una gata,
Voluptuosa e indolente.

Vuelve al corral la majada.
Surca una blanca bandada
De cisnes, el cielo abierto;

Y en lejanía, cruza el llano,
Un jinete comarcano,
Que se pierde en el desierto...

LA NOCHE

La noche viene acallando
El paso por la llanura
Como una extraña figura
Que llega sin saber cuando.

En el bañado, "aguaitando",
Vela el tero. Y como una imagen pura,
La luna, desde la altura,
Va en la charca diseñando.

Reina silencio completo
Sobre el campo, que en secreto,
Parece haberse dormido;

Y triste, de hora en hora,
Muje una vaca en deshora
Por su becerro perdido...

LA TRADICIÓN

A mi hermano Fernán Félix de Amador,
de todo corazón.



LA VELADA

Y verlos al caer la noche
En la cocina reunidos
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar
Platicar muy divertidos
Hasta después de cenar.

(II Canto, Martín Fierro.)

FUERA, el viento se lamenta
En la noche tenebrosa
Con una voz quejumbrosa
Que anuncia lluvia y tormenta.

Dentro, el fuego es el que cuenta,
En la cocina brumosa,
A la rueda silenciosa,
Que junto a él se calienta,

Mil historias sugerentes
De otros tiempos y otras gentes
Cuando en torno del fogón;

El gauchaje se reunía,
Y la noche transcurría
Como en una narración...

II

Y era el contar las proezas
De cada cual. turno a turno,
Al par que algún taciturno
Meditaba sus tristezas.

Y los ancianos, cabezas,
En el concurso nocturno,
Comentaban aquel diurno
Labor, con frases traviesas,

De ocurrencia y de lenguaje,
Que escuchaba el paisanaje
Y animaba la reunión;

Mientras una china vieja
A manera de bandeja
Les brindaba el "cimarrón".

III

Y fuera el viento seguía
Repitiendo su canción,
Sobre la inmensa extensión,
Como una queja sombría.

Y cual una chispa ardía
La brusquilla en el fogón,
Y a veces con el ciclón
El rancho se estremecía.

Y llegaba, intermitente,
Al interior, de repente,
Entrecortado ladrido;

Que, centinela y alerta,
Daba, sentado en la puerta,
El perro, ¡nunca dormido!

LA TAPERA

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera.
¡Y qué iba a hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.

(III Canto, Martín Fierro.)

OCULTA en una ladera
Misteriosa y solitaria
Se alza, como una plegaria,
Lamentable, la tapera.

Todo fué así. Aquella era
Vivienda de un gaucho paria,
Que guerrera y sanguinaria
Se llevó la montonera.

Y pasó un año y otro año
Y a su refugio de antaño,
Volvió el gaucho. Anochecía;

Y sobre la Pampa inmensa
Corrió la emoción, intensa
¡Como una antigua elegia...!

II

Y el viento se estremecía
Con el dolor de aquel duelo.
Y la noche y hasta el cielo
Contristarse parecía.

Un gato en la lejanía
Maullaba con desconsuelo.
Y el gauchó sacó el pañuelo
Frente a su casa vacía.

Mas, vuelto de su quebranto,
Terció el poncho, enjugó el llanto,
Y hacia el desierto partió;

Le vieron cruzar la umbría,
El lano y la serranía...
¡Y de allá, nunca volvió!

EL TRISTE

A Antonio Sinopoli.

VIEJA endecha campesina
Que por lo dulce y serena
Simboliza nuestra pena
Cuando la guitarra trina.

Melancólica y cansina
Y sencillamente buena,
Como que languida suena
En la tarde mortecina.

Y es ingenua y quejumbrosa,
Insinuante y melodiosa,
Como el canto del zorzal;

La calandria y el jilguero
Y el agreste leñatero
Y el churrinche regional...

LA CARRETA

A mi tía, Silvia.

POR el sendero vecino
Va la carreta chillando.
Y gime andando y andando
A lo largo del camino.

Sigue un remoto destino,
Y el carretero, soñando,
Pica los bueyes, cantando,
En el sopor campesino.

Cae el crepúsculo, incierto,
Sobre el camino desierto
Que en la distancia se pierde;

Y la carreta chillando,
Se aleja andando y andando
Entre la llanura verde...

EL PAISAJE

A Roberto Ramangé, fraternalmente.



LA LAGUNA

Como un espejo encantado
Bajo el mirar de la luna
Se refleja en la laguna,
Luminoso y estrellado;

El cielo, que es como un prado
Azúl, donde surca una,
Nubecita, sin fortuna,
El espacio inmaculado.

Y el agua, como de plata,
Roza el juncal en la mata
Donde se ocultan las ranas;

Lanzando, rítmicamente,
Su estribillo indiferente
A las estrellas lejanas.

EL SAUCE

A Walter de Navazio.

Junto al arroyo insinuante
Que como una fresca brisa
Por la vega se desliza,
Cristalino y murmurante,

Sueña el sauce, interrogante,
Y en el agua, que se irisa,
Y el cielo torna rojiza
Su cabellera flotante,

Abandona en la corriente,
Voluptuosa y largamente...
Y al remanso que suspira;

Como una niña enfermita,
Suelta una hoja marchita
Que en la superficie, gira.

EL TRÉN

Se oye como un alarido
En el sopor campesino.
Y pasa, cual torbellino,
Lanzando al aire un gemido.

El trén... Llénase de rüido
La Pampa, que en su destino,
Corta en dos, como un camino,
El riël blanco y bruñido.

Huye al verle la manada,
Los patos en desbandada
Abandonan el bañado;

Y al pasar, deja una estela
De humo, como una vela,
Que el viento la huebiera inflado.

EL TRIGAL

A mi hermano Enrique.

Como un áurea sinfonía
En la gloria matinal
El viento agita el trigal
Que como una epifanía,

De intensa y dulce poesía,
Bajo el sol primaveral
Tiene un destello auroral
De cielo al venir el día.

Y las espigas doradas,
Son, cual monedas forjadas
En metal de antiguo cuño;

Que el labriego complaciente
Examina, lentamente,
Y con fruición llena el puño.

EL MONTE

A M. L. Alvarez de Toledo de Broggi.

CUANDO se hace la lúz y el día fulgura
Como un inmenso palio diamantino
Despiértase en la fronda un largo trino,
Y el monte es una orquesta en partitura.

De cada árbol, entre la espesura,
Se levanta una voz. Y cristalino
Suena el acorde dulce y campesino
Que los pájaros dan, desde la altura.

La mañana deslíe su belleza
Como una romántica princesa
En la gracia del sol. Y vagorosa;

Trae la brisa, desde el campo abierto,
Un perfume de Pampa y de desierto...
Y en el jardín deshójase una rosa.

EL CARDAL

LUMINOSO ha florecido
El fantástico cardal
Como un bosque colosal
Esqueletico y tupido,

Cuya cima es un tejido
Moratado y obispal,
Que la racha matinal,
Sacude y llena de ruido.

Y cuando el viento acrecienta
Y arrecia fuerte, se aumenta
El susurro inusitado;

En las matas rechinantes,
Escuetas y fulgurantes,
Bajo el sol, como un sembrado.

LA TORMENTA

Como una niebla imprecisa
Va cubriendo la llanura,
La tarde tórnase oscura
Y el cielo, color ceniza,

Arroja, como una brisa,
De humedad y de frescura
La lluvia, que a cierta altura,
Frente al poniente se irisa;

Y cae como estalactita,
Sobre la Pampa infinita
A manera de cendal;

Rítmicamente agitada,
Por el viento en la cañada,
La ladera y el juncal.

II

Y en la noche que se allega
Sigilosa y tremebunda
Llena el arroyo y se inunda
La charca que hay en la vega.

Y corre el agua que llega
Como una racha iracunda,
Por la quebrada fecunda,
Torrentosa y andariega;

Mientras se oye en lejanía
Cual fuego de artillería
Y tropel de batallón;

La descarga de algún trueno
Qué hace temblar el terreno
Y recorre la extensión.

LA HELADA

El Invierno ha venido. Sobre el campo escarchado
Una sábana blanca cubre todas las cosas;
Y al reparo del huerto las hierbitas musgosas
Sensitivas y mustias, de frío se han helado.

Sopla un gélido viento. El cielo está nublado
Y las sierras parecen, lejanas y brumosas,
Como imposibles torres, de formas misteriosas,
Que frente al horizonte se hubieran levantado.

El ganado camina por la pradera yerta,
Que se tiende infinita, lamentable y desierta,
Bajo el manto intangible, como un largo sudario;

Y en la nívea blancura la extensión se dilata
Cual una enorme lámina de luminosa plata,
Que destella y reluce como un gran solitario.

EL VIENTO

A Alfredo Supeña.

SOBRE la Pampa dormida, frente a la llanura inmensa
En el crepúsculo ténue detuve el caballo un día,
Reinaba un silencio enorme. Y hasta el ánima suspensa
En la callada distancia recogerse parecía.

Había llegado la noche, que como una sombra densa
Desde el fondo del desierto por el campo se tendía,
Y tuve aquella visión, como la impresión intensa,
De una suprema y postrera, inenarrable, agonía.

Y (como la propia imagen ante el paisaje dormido)
Pensé en la Muerte que viene. Y entre la sombra oí un ruido,
Miré en torno. Ya era oscuro. El horizonte aún ardía;

Piqué entonces mi caballo. Solté la brida extraviado,
Y galopé alucinado...
—El viento me perseguía.

LAS NUBES

A Eusebio de la Torre.

Como una caravana peregrina
Sobre el azúl intenso, lentamente,
Cruzan las nubes, silenciosamente,
Y hay una muy blanca. Y otra es ambarina

Y otra es intangible como la neblina,
Escarlatas todas las que van a Oriente
Y grises y rosas las del Occidente,
Como de ilusoria, ténue muselina.

Alguna violetas cual de terciopelo,
Como un vaporoso y enorme pañuelo,
Pintan el espacio, como de acuarela;

Fingiendo la forma de barcas repletas,
De ágiles chalupas y antiguas goletas,
Que fueran vogando, tendida la vela...

LAS IMÁGENES VIVIENTES

Á mi Padre, por quién hé aprendido á descubrir y admirar las bellezas de nuestra tierra.



LA TROPA

Es la tropa. Por el llano
Gritan los peones cansados
Azuzando los ganados
Que caminan con desgano.

Marcha delante el baqueano,
Conduciendo por los prados
Los caballos trajinados
Hacia el destino lejano;

Y, cuando la noche llega,
Hacen un alto en la vega
Para descansar del viaje;

Y entonces muje, sediento,
El ganado, que husmea el viento,
Como mirando el paisaje.

EL CHIMANGO

CUANDO la tarde se viste de raso
Y el viento suspira como una mujer
Vuela sobre el campo, con lento aletazo,
Y como una flecha déjase caer.

Va en gira de presa. Su fúnebre paso
Conmueve y alarma. Y un estremecer
Agita las ramas de abrigo y regazo,
Que buscan los pájaros al anochecer.

Todos le conocen. Y le desconfía
La inmensa bandada que habita la umbría,
La dulce calandria y el manso gorrión;

Pues, ¡en cuánta hora! de memoria cruel
Penetró en el nido, como un vergel,
¡Y en su garra fiera se llevó el pichón!

LOS CORDEROS

A mi hermana Elina.

SOBRE la verde cuchilla
Van triscando. Y en el prado
Alegres se han congregado
Como una blanca gavilla.

De las madres, en pandilla,
Y al descuido hánse alejado,
Por entre el campo alfombrado
De trébol y de gramilla.

Y mientras corre y juega
El hato, desde la vega,
Inquietas dán su balido;

Las ovejas, que buscando,
A sus críos ván llamando,
En el día que ha vencido.

LOS POTROS

SOBRE la Pampa inmensa y silenciosa
Suena un tropel sonoro. Y alocados,
Hienden el campo como fustigados
Cual imperial cuadriga poderosa.

Ván como el viento. Y en la misteriosa
Paz campesina recorren los prados,
A suelta carrera sobre los collados,
La loma y el valle, la sierra brumosa.

Retozan y juegan, lanzando abalanzos,
Alzan y encabritan los caballos mansos
Que llévanse, ilusos, a su soledad;

E inducen a cuanto jamelgo achacoso
A que se rebele contra el oneroso
¡Cual propagandistas de la libertad!

EL TORO

Muje el toro en la pradera
Y las vacas silenciosas
Se aproximan temerosas
Hacia él, que entre la era,

Brama fiero y se exaspera
Y alza en las aspas lustrosas,
Como dos dagas filosas,
A manera de bandera,

Un matorral de raíz,. . .
En la tarde la perdíz
Llena la Pampa de duelo;

Mientras las vacas rodeadas
Miran al toro asombradas. . .
Y la lúz es como un velo.

LOS CUERVOS

Vienen de muy lejos, en negra bandada
Surcan el espacio cual negro turbión
Y uno en pos del otro, como en procesión,
Arrostran la lluvia, el viento y la helada,

Semejan la noche. Y cual peste alada
Anuncian desastre. Sobre la extensión
Buscan la carroña para el atracón
Y siguen de cerca la niebla enlutada.

Son como la muerte. Sin voz ni ruido
Llegan y se ausentan en torpe volido,
Y así van pasando, como el aquilón;

Tienen un grán pico largo y encorvado
La pluma sedosa y el andar pesado...
¡Y nadie conoce su oriuda región!

LOS PERROS

Son ellos. Trepando los cerros
Urgan la hondonada y el gran pajonal.
Cual una vanguardia valiente y leal
Husmeando el viento galopan los perros.

Marchan fatigados. Por los blandos berros
Echanse a la charca que hay en el juncal
Y allí se revuelcan en el lodazal,
Ladrando a las vacas, que por sus becerros,

Mujen y hacia ellos maternales ván,
Mientras el rodeo corre a donde están
Y en curiosa espera míralos beber;

El tero a lo lejos lanza su chillido,
Se ausentan las garzas y en un largo alarido
Dá el chajá en la calma del atardecer.

EL HORNERO

Con lenta mansedumbre llueve rítmicamente
Y el hornero aprovecha el momento propicio
Para ir construyendo su pequeño edificio
En la orqueta de un tala, solitario y potente.

Y del próximo charco conduce, diligente,
Como un albañil experto en el oficio
La sencilla argamasa, que por raro artificio
Resistirá el embate del tiempo y de la gente.

Y paulatinamente va labrando su nido
Al reparo del árbol, añoso y carcomido,
Que espinoso retoña bajo el riego fecundo;

Y en la tarde serena, tras la lluvia caída,
El pájaro-arquitecto se alegra de la vida
Y canta sobre el domo, redondo como el mundo.

LA TROPILLA

En la noche tranquila suena dulce el cencerro
Como una campana, humilde y pastoral,
Mientras va la tropilla despuntando el cardal
Que enmaraña la falda, pintoresca del cerro.

En la calma reinante muje triste el becerro
De la mansa lechera, que está junto al corral,
Y el repique resuena con su voz de metal
Cuando agita la yegua el badajo de hierro.

Entonces el caballo, que en el palenque estático,
Parecía estar dormido, bajo el rayo lunático,
Despiértase y relincha, manotea y se encabrita;

Da una vuelta en la soga y aguzando la oreja,
Escucha y a lo lejos torna a lanzar su queja...
¡Y todo se apacigua en la noche infinita!

"Las Highlanders", 1917.

INDICE

LA LUZ

LA TRADICIÓN

EL PAISAJE

